

*Piedepágina

AÑO 1 ■ NÚMERO 1 ■ MAYO DE 2019

WPM

editorial
Acirema

ENTREVISTA A: Luis Britto García



“

Vuelve a tu canto de turpial
Llena de gritos el cardonal
Que hay semerucos
allá en el cerro
Y un canto hermoso
para cantar.

* COMIENZO DE PÁGINA

I
Como otrora invocara *El Correo del Orinoco* en circunstancias distintas y afines propósitos, hoy *Pie de página*, bajo el alero de aquel ejemplo y salvando esta y todas las distancias, aparece en momentos en que un poderoso imperio, otro, más cínico pero igualmente perverso que el de entonces, ha emprendido con sus agentes criollos y foráneos una de sus acostumbradas agresiones contra nuestro país en nombre de la democracia y la libertad. La artera pero bien planeada embestida la llaman por enésima vez *definitiva*, pues así lo hacen desde que Hugo Chávez asumió la Presidencia y siempre para intentar doblegar nuestra resolución de erigir patria justa y soberana.

II
Este solo hecho bastaría para legitimar nuestra presencia y nuestro compromiso si no fuera porque también asumimos razones que en el ámbito del arte y la literatura pudieran contribuir a llenar el ostensible y elocuente vacío dejado atrás como inutilidad o estorbo a causa, probablemente, de los apremios consecuentes a las obstinadas arremetidas susodichas.

III
La pretensión no es vana. Atónitos testigos de la excrecencia espiritual que invade las llamadas redes sociales y las publicaciones que representan a quienes adversan el proyecto revolucionario bolivariano, sabemos o suponemos sin embargo (porque en ellas ninguna idea ni razón fundada aflora más allá de la carga de odio, procacidad, resentimiento y descalificaciones apriorísticas), sabemos o suponemos, decíamos, que en las mismas no se reconocen aquellos que ejerciendo su legítimo derecho a disenter, han hecho del arte y la literatura razones de su vida y de ésta una sincera conducta que valoramos.

IV
De allí que esta publicación (con cuyo nombre, tomado del título de una de sus narraciones capitales, deseamos honrar la memoria de nuestro querido Humberto Mata) pensada para acoger textos de escritores y artistas con quienes compartimos visiones o ideales, abre sus espacios también a aquellos que persuadidos de que toda voluntad sincera en aras de construir una realidad menos inicua y amarga ha sido en todo tiempo necesaria, piensan igualmente, como nosotros, que cuando lo que está en juego es el destino y la integridad de la patria común, este propósito deviene imposter-gable.

V
Por el contrario, hacia aquellos que bajo el amparo y financiamiento de poderes imperiales inducen el criminal bloqueo y la invasión de fuerzas mercenarias extranjeras, incitan al odio y exterminio del adversario y alientan una matanza entre venezolanos, no puede albergarse más que casi obligada conmisericordia, tal como es posible tener ante toda primitiva animalidad. El inmenso daño que han causado y causan corresponderá juzgarlo a otras instancias, ya que no a la conciencia de la que carecen.

VI
Por su parte *Pie de página* llama a otra contienda: la aventura creadora del espíritu, allí donde parecen haber naufragado en turbiedades, diversas iniciativas y esfuerzos. En estos espacios alentamos esos poderes primordiales con prestas armas de construcción masiva: el debate, las revelaciones, el amor al aliento vital de las raíces, los prodigios de la diversidad, la imaginación acicateada, el apremio de lo desconocido, la sístole de los desafíos. Todos bajo el ejercicio de la duda y la reflexión y frente a la presuntuosa ofuscación de los saberes infatuados y al envilecimiento vendepatria.

GUSTAVO PEREIRA

Noticias Literarias

CONCURSOS - EVENTOS - NOVEDADES EDITORIALES

§ BECAS DE ESTIMULACIÓN A LA CREACIÓN §

El Centro Nacional del Libro (Cenal) recibirá hasta el próximo 17 de junio los proyectos de postulación de escritoras y escritores, venezolanos y extranjeros, sobre escritos inéditos en castellano o en alguna de las lenguas indígenas venezolanas para optar a las Becas de Estímulo a la Creación Literaria 2019.

Los trabajos deben estar circunscritos a los géneros ensayos acerca del libro y la lectura, biografía (testimonios y memorias), cómic, así como novela gráfica y literatura infantil.

Cada aspirante deberá ingresar en el formulario de inscripción disponible en la página web www.cenal.gob.ve, colocar todos sus datos personales y cargar el archivo, con el título al principio y un seudónimo, sin el nombre del autor.

§ ACIREMA PRESENTARÁ TRES TÍTULOS EN FILVEN MIRANDA §

La nueva editorial del estado Táchira, Acirema, participará en la programación de la Feria del Libro de Venezuela (Filven) capítulo Miranda, que se realizará en el mes mayo, en el parque Generalísimo Francisco de Miranda.

Durante este evento la editorial presentará dos novedades de la colección Poesía: *Insolación*, de Luis Alberto Crespo, y *En ejercicio del amor*, de Gustavo Pereira, el día 24 de mayo a la 1:00 pm en la sala Ana Enriqueta Terán.

También presentará a las 4:00 pm de ese mismo día, en la sala Carmen Mannarino, la reedición en un solo tomo de las novelas de Juan Antonio Calzadilla Arreaza, *Álbum del insomnio*, seguido de *La hendija*.

§ PREMIO INTERNACIONAL PARA POETAS JÓVENES §

El Ayuntamiento de Alhaurín el Grande, Málaga (España), convoca la XIII edición del Premio Internacional de Poesía Antonio Gala, en el que podrán participar poetas entre 18 y 35 años de edad, de cualquier nacionalidad, con una o más obras escrita en castellano.

El poemario ganador será publicado en una edición de 500 ejemplares y su autor recibirá un premio dotado de seis mil euros, a los que se aplicarán las retenciones fiscales vigentes.

La recepción de documentos, que bien podrá hacerse a través de internet, está abierta hasta el próximo 31 de mayo.

SUPLEMENTO LITERARIO

PIE DE PÁGINA

DEPÓSITO LEGAL: DC2019000614

CONSEJO EDITORIAL: Gustavo Pereira, J. A. Calzadilla Arreaza, Freddy Nández, Karibay Velásquez

COLABORADORES: Jorge Dávila, Pablo Montoya, Alberto Rodríguez Carucci, Coral Pérez, Antonio Trujillo, José Gregorio Vásquez, Annel Mejías, Carlos Cedeño, José Carlos de Nóbrega, Douglas Bohórquez, Julio Borromé, Gabriel Jiménez Emán, Pedro Ibáñez, Celso Medina, David Dávila

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Morella Jurado

CORREO: piedepagina.suplemento@gmail.com

TWITTER: @PiedePagina_Ve



El nacionalismo en Mario Briceño Iragorry (I)

El nacionalismo en el pensamiento del escritor trujillano Mario Briceño Iragorry es un descomunal e inagotable concepto de búsqueda de la venezolanidad, un valor que retrocede según avanzamos, una palabra vigilante para mantenernos firmes en esa otra noción que va impedir que cedamos nuestra soberanía a cualquier imperio, esa noción histórica es la del anti-imperialismo. No es casual que la idea de nacionalismo en apariencia dominada por confusiones ideológicas, permanentemente criticada por la derecha mundial y por algunos intelectuales desencantados, que casi siempre se menciona para decir que nada significa, goce en los actuales momentos de densidad histórica.

El uso con sentido internacionalista del nacionalismo propuesto por Don Mario de manifiesta una estructura sustancial de la libertad en tanto reconoce en la soberanía de los pueblos un derecho conquistado que debemos interponer frente a las amenazas permanentes del imperialismo estadounidense que fundamenta su política internacional en destruir nuestra conciencia histórica y vaciar de sentido nuestra cultura con lo que estaríamos mejor preparados para negar lo que hemos sido, en consecuencia, construir una segunda naturaleza con el modelamiento externo y el desecho de nosotros mismos.

En esto consiste el nacionalismo de Don Mario, en colegir toda su fisonomía histórica de la soberanía y de la independencia, incluida por supuesto la razón, para buscar evidencias compartidas. Las naciones latinoamericanas necesitan conocer las realidades y entenderse con las demás, para lo cual tienen que abandonar el seno cómodo y protector del nacionalismo aldeano y superar las disputas internas, las cuales aprovecha el imperio estadounidense para dividir y gozar del derecho a intervenir y manejar los asuntos internos de cada nación. El diálogo y la confianza mutua de nuestros países deben conservar las relaciones de identificación contra las agresiones de quien pretende neutralizar nuestra unidad histórica, y reactualizar la Doctrina Monroe, y todo ello sobre un fondo de confianza universal en la consistencia de la integración; herencia de los padres de la independencia.

Para Don Mario el hecho histórico de la firma del Acta de Independencia, con la cual las naciones alcanzarían la libertad política, expresa el decoro de la libertad y el pacto de rango históri-

co con nuestro destino. "Para ello nuestros Padres firmaron un acta que constituye la raíz de nuestros compromisos con la Historia".

Así es como Don Mario evidencia la necesidad de conservar viva la memoria de nuestros antepasados republicanos para salirle al paso a quienes entregan el país a los consorcios estadounidenses y a los que confunden la "campaña nacionalista", de ayer y hoy, con viejos resabios de tradicionalismo o con el miedo a la contaminación de un nacionalismo biológico que justificaría la aniquilación de la diferencia. Tenemos que tener comprensión, nos advierte Don Mario, del significado fascista del concepto de nacionalismo cuyos objetivos políticos se entretejen con el blanqueamiento y el afán de negar la vida.

Este tipo de nacionalismo produce réplicas enmascaradas de democracia en Europa y en América Latina y hasta da muestras de fidelidad cuando los gobernantes traidores, las oligarquías económicas y financieras falsifican la historia y promueven las alianzas con el imperialismo estadounidense desertando de la propia conciencia. Para Don Mario la clave está en combatir con nuestras resistencias morales la actitud entreguista y la mentalidad colonial asumida por los *vendepatria* que han alcanzado una caracterización de brillantez léxica en el término pitianqui. "Más que el extranjero —expresa Don Mario exiliado en España y perseguido por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez— que aprovecha circunstancias de favor, nuestro azote nacional ha sido el pitianqui entreguista, el cagatinta farandulero que hizo el bufón en la fiesta de los intrusos, el Andresote alquilado al interés de los contrabandistas de la dignidad nacional".

Pero el nacionalismo de Don Mario no sólo es un concepto para la defensa de lo nuestro y la saludable cooperación entre naciones conformantes de un bloque antiimperialista sino que hace corresponsable a las generaciones futuras de reinventar un patriotismo de seguro y perceptible alcance de lo que deben ser nuestras sociedades en función del sedimento histórico legado y forjar a propósito de esa herencia nuevos valores y no sólo tener presentes los valores recordados y vividos: "nuevos valores, como el de la igualdad —escribe Don Mario— que al juntarse con los conceptos de libertad, de independencia y de tolerancia, formaron el común denominador de nuestra razón de pueblo".

Sólo que de aquellos valores partimos para otro conocimiento que nos permite hacer inteligible el concepto de tradición para aprender del pasado e ir hacia una actitud valorativa del presente en pleno uso de la soberanía y de la conciencia histórica. Decir nacionalismo, en Don Mario, es asumir con coraje el derecho a decidir nuestro modo de ser, sin espejos deformantes y sin que tengamos que justificar el derecho a regir nuestros destinos frente a la amenaza permanente de los imperialismos.

La elección del nacionalismo supone un riesgo y una anticipación. Al defender las conquistas históricas de nuestros antepasados vamos a considerar que la tradición se ha incorporado al proyecto de independencia definitiva, lo cual para Don Mario es la aspiración mayor. Pero la constitución del orbe soberano exige una participación consciente y voluntaria de nuestro pueblo, protagónica y lúcida, que no podríamos llevar adelante sin el coraje, la dignidad y las "vitaminas nacionales" que entrarían en quiebra sin un esfuerzo sostenido. El nacionalismo es un acto de compromiso, un acuerdo para defender y reclamar la integración como valor aglutinante.

Dicho así, el nacionalismo nos deja instalado en una posición con respecto a nosotros mismos y frente al agresor. Mientras urge hacer un viaje hacia nuestra conciencia histórica y reactualizar el proyecto antiimperialista de Bolívar, sedimento histórico en el pensamiento de Don Mario, toda defensa de nuestra autonomía está regida por el valor de la Historia y por los signos morales que son los elementos constitutivos de nuestras naciones. El nacionalismo define un modo de ser propio e instaura una novedad radical en tanto necesita materiales sólidos de la tradición la conciencia social, la unidad y la concordia para robustecer el carácter y mantener la prestancia moral.

No hay un nacionalismo solitario o una democracia de élites empresaria-



les; quienes pretenden mirarse el ombligo no dejan de pasar por la impotencia del monólogo y no les queda sino la práctica de la violencia como método para negar la diversidad de nuestra "América morena y mulata". Don Mario opone a este nacionalismo de engaño y patriotero, el nacionalismo en función de colegir, de nuestra soberanía e independencia, toda búsqueda de libertad plena: "El nuestro —diverso al nacionalismo alemán de Hitler o del nacionalismo italiano de Mussolini— es una mera actitud de protección frente a tendencias disgregativas provocadas, tanto por la falta de módulos internos, como por el propósito foráneo de mantenernos incursos en esquemas políticos-económicos contrarios a nuestra propia realidad de pueblo".

El nacionalismo de Don Mario exige un fuerte compromiso antiimperialista. Es su razón de ser alcanzar la independencia moral, filosófica, económica, política, cultural, y buscar en nuestros módulos creadores y en el patrimonio moral de nuestra tradición independentista, el destino de Patria que ayer y hoy nos reclama a todos sin distinción de credo ideológico. Este fuerte lazo histórico nos libra de caer en la esclavitud, la irracionalidad, la violencia, el fanatismo. Ser nacionalista se convierte en el primer deber de un acto de razón hacia el establecimiento de una política de la descolonización. Este aspecto ignorado o secretamente olvidado por los estudiosos del pensamiento de Don Mario estructura una teoría de la descolonización. Para un próximo texto intentaré acercarme a dicha intuición.



Juan Antonio
Calzadilla
Arreaza

La huella profunda del Discurso de Angostura

Hay escritos que dejan huellas profundas en la historia de los pueblos. El *Discurso de Angostura* es uno de esos textos que engendraron la nación y que conservan su potencia generadora. Sus párrafos constituyen una obra cumbre de la literatura política venezolana y latinoamericana, que hoy celebramos luego de doscientos años de insistencia en nuestra memoria.

La mañana del 15 de febrero de 1819, el general Simón Bolívar, Jefe Supremo de la República venezolana, pronunció sus famosas palabras que hoy conocemos como el *Discurso de Angostura*. Se trataba, protocolarmente, de su entrega formal, ante el nuevo Congreso, de un mando extraordinario dictado por las emergencias que sufrió el proceso revolucionario desde 1810. Pero, políticamente hablando, se trataba de exponer y justificar un proyecto de reforma constitucional propuesto por él mismo. Bolívar retomaba el hilo constitucional de la República urgido a reformar la Carta Magna de 1811, por manos de un poder constituyente legítimamente instituido.

Angostura es el lugar de un renacimiento militar de las fuerzas patriotas, con sus riquezas internas y su emplazamiento ventajoso sobre el eje del Orinoco, con vectores hacia el Atlántico y hacia la profundidad del continente. Pero Angostura, que sirvió de capital a la República desde 1817 hasta 1821, representa también el foco de un formidable renacimiento político de la causa independentista, nacional e internacionalmente. La publicación del *Correo del Orinoco* y la convocatoria a un Congreso Constituyente son dos muestras resaltantes.

Los patriotas habían sido calificados de vagabundos y bandoleros por el poder español. Tocaba demostrar ante el mundo que los libertadores de Venezuela estaban conformados en una República civilista, con unas instituciones, un cuerpo jurídico, y además una historia cruenta y dolorosa que se remontaba hasta más allá del 19 de abril de 1810.

El *Discurso* fue escrito entre diciembre de 1818 y enero de 1819, durante una campaña en los llanos de Apure, y Bolívar pidió a su amigo, el jurista Manuel Palacio Fajardo, que lo revisara e imprimiera. Este encontró sus tesis originales y respetables.

Tres son los propósitos del discurso del Libertador: reafirmar la continuidad del proyecto republicano; entregar el mando supremo a una instancia



de la soberanía nacional y relegitimar su propia autoridad; proponer una reforma profunda a la Constitución de 1811.

Ciertamente, el Libertador asume todas las conquistas de la primera Constitución venezolana:

Amando lo más útil, animada de lo más justo, y aspirando a lo más perfecto, al separarse Venezuela de la nación española, ha recobrado su independencia, su libertad, su igualdad, su soberanía nacional.

Los avances formales de la nueva nación son indiscutibles:

Constituyéndose en una República democrática, proscribió la monarquía, las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios: declaró los derechos del hombre, la libertad de obrar, de pensar, de hablar y de escribir.

No obstante, la realidad revelada por todas las calamitosas vicisitudes por las que el país ha atravesado obliga a una mirada crítica y pragmática:

Habiendo ya cumplido con la justicia, con la humanidad, cumplamos ahora con la política, con la sociedad, allanando las dificultades que opone un sistema tan sencillo y natural, mas

tan débil que el menor tropiezo lo trastorna, lo arruina.

Contra el federalismo teórico copiado de la Constitución estadounidense, Bolívar afirma la necesidad de “una República sola e indivisible”, con una ley dictada por “el genio tutelar venezolano”, tomando en cuenta su historia, su suelo, sus costumbres y caracteres. Reclamará una Constitución política adecuada a la constitución moral de los venezolanos. Por aspirar a una libertad ilimitada en la abstracción ideal, la República ha caído en los extremos de la anarquía. →

Bolívar traerá a la escena política el peso de la huella colonial, el factor ignorado por la Constitución de 1811: que la dominación española ha dejado un pueblo moralmente pervertido, sujeto al triple yugo de la ignorancia, la tiranía y el vicio. Un pueblo así es capaz de convertir sus propios derechos en armas liberticidas. Un pueblo así confunde la libertad con la licencia, la justicia con la venganza, el patriotismo con la traición, en una disolvente inversión de los valores. Un pueblo así parece hacer cierta la máxima aborrecible: “que más cuesta mantener el equilibrio de la libertad que soportar el peso de la tiranía”. Para remediar esta perversión moral y política heredada del coloniaje, Bolívar inventará un cuarto poder: el Poder Moral, que deberá regir la educación de un nuevo pueblo republicano y descolonizado.

El problema filosófico, a la vez que político, que guía el hilo del *Discurso de Angostura* es aquel formulado por Bolívar en el juramento de Roma en 1805: “la incógnita del hombre en libertad”. ¿Cómo es posible para un pueblo alcanzar la libertad? Problema teórico a la vez que práctico. El mayor obstáculo que precisará Bolívar ya fue señalado por él en 1811, ante la Sociedad Patriótica: “estas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas”. En Angostura se planteará, quizás por vez primera en el pensamiento continental, el tema de la descolonización. ¿Cómo se constituye el sujeto histórico y colectivo de la libertad? ¿Cómo se vence el lastre histórico de la subjetividad colonizada, “las reliquias de la dominación”?

Esta doble reflexión, filosófica y política, teórica y práctica, configura lo que podríamos considerar una ética nacional bolivariana, cuyos principios y mecanismos están en la arquitectónica del *Discurso de Angostura*. Se trata de renovar en el mundo “la idea de un pueblo que no se contenta con ser fuerte y libre sino que quiere ser virtuoso”.

El diagnóstico del Libertador será severo:

Un pueblo pervertido, si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud; que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más inflexibles, y todo debe someterse a su benéfico rigor; que las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes; que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad.

Lo que los constituyentes de 1811 han soslayado es el estado moral de un pueblo recién salido del coloniaje, pues a estos sujetos “el hábito de la dominación los hace insensibles a los encantos del honor y de la prosperidad nacional, y miran con indolencia la gloria de vivir en el movimiento de la libertad, bajo la tutela de leyes dictadas por su propia voluntad.”

En cuanto al funcionamiento del Estado, el Libertador propondrá el fortalecimiento del Poder Ejecutivo y la de-

El estilo literario de Bolívar utiliza la tríada como expresión de unos conceptos que no tienen sentido concreto por sí solos sino en una complementación de todos los términos.

Equilibrio, igualdad y unidad serán los principios del arte de gobierno bolivariano. Poder, prosperidad y permanencia serán sus objetivos; felicidad, seguridad y estabilidad serán sus efectos; inocencia, humanidad y paz serán sus logros; justicia, igualdad y libertad serán sus fines.

limitación rigurosa de los diferentes Poderes, para así garantizar el equilibrio político según un mecanismo de “restricción y concentración recíprocas”. Cada Poder se fortalece mientras más se diferencia funcionalmente de los otros Poderes, gracias al límite que estos se oponen entre sí.

Advirtiendo el peligro de un “despotismo deliberante”, aconsejará:

Que el Poder Legislativo se desprenda de las atribuciones que corresponden al Ejecutivo, y adquiera, no obstante, nueva consistencia, nueva influencia en el equilibrio de las autoridades.

El equilibrio será la norma de la armonía entre los Poderes, tanto en lo interno del Estado como en la relación exterior entre el Poder Público y una voluntad popular que tiende a resistirle. Así como el Poder Público propende al abuso de las leyes, la voluntad popular tiende a la licencia. El primero debe ser contenido, la segunda debe ser moderada por su acción recíproca.

Mi idea es que todas las partes del Gobierno y Administración adquieran el grado de vigor que únicamente puede mantener el equilibrio, no sólo entre los miembros que componen el Gobierno, sino entre las diferentes fracciones de que se compone nuestra sociedad.

Encontramos en el *Discurso de Angostura* la toma en cuenta de un poder popular en incipiente, definido todavía en un estado negativo de licencia y resistencia ante el Gobierno, pero miem-



bro determinante del “Estado social” y en correlación funcional con los Poderes gubernamentales. Es justamente ese poder aún tumultuario el que adquirirá pleno rango de sujeto político gracias a los polos de la moral y las luces, a las palancas del saber y el trabajo.

En esta construcción de una nueva República fortalecida, se hace imprescindible crear un nuevo cuerpo jurídico, más allá de la Carta Magna sugerida, como condición de un nuevo y verdadero sistema de justicia. Un nuevo cuerpo de leyes venezolanas ha sido la tarea pendiente del primer Congreso Constituyente, que dejó en vigencia los arcaicos y variopintos códigos heredados de la Colonia:

Esta Enciclopedia Judicial, monstruo de diez mil cabezas, que hasta ahora ha sido el azote de los pueblos españoles.

El estilo literario de Bolívar utiliza la tríada como expresión de unos conceptos que no tienen sentido concreto por sí solos sino en una complementación de todos los términos. Equilibrio, igualdad y unidad serán los principios del arte de gobierno bolivariano. Poder, prosperidad y permanencia serán sus objetivos; felicidad, seguridad y estabilidad serán sus efectos; inocencia, humanidad y paz serán sus logros; justicia, igualdad y libertad serán sus fines.

Entregando el cargo ante el Congreso soberano, Bolívar admite que cualquiera de sus decretos pueda ser derogado o revisado si este así lo considera, pero ruega como por su propia vida

y la vida de la República confirmar la libertad absoluta de los esclavos:

no se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles.

Pide también al nuevo Estado en formación que no deje de honrar la deuda pública que ha permitido potenciar la fuerza militar, y que reconozca la *Orden de los Libertadores* conferida a los héroes de la guerra, así como las recompensas hechas a estos con los bienes de la nación.

Y si el pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus bienhechores, es indigno de ser libre y no lo será jamás.

Como una última exhortación al Congreso Constituyente exclamará Bolívar, en una síntesis final de su sistema de gobierno:

Dignaos conceder a Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un gobierno que haga triunfar, bajo el imperio de leyes inexorables, la igualdad y la libertad.

En una expresión de modestia que abrirá una nueva era en la historia de la Venezuela independiente y soberana, y en el destino de la América antes española, concluirá Bolívar: “Señores, empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías”.

* CUENTO / HUMBERTO MATA

El otro Delta

“Fue a Egipto, finalmente; sin otra compañía que su recuerdo del país-museo que le había mostrado su amiga de juventud. Hizo el itinerario: primero el Museo, luego las pirámides y la esfinge, después el Nilo y en última instancia el Karnak.”

No pudo llegar a donde más quería, a las esfinges con cabezas de carnero ni al templo de Amón en el Karnak; tampoco, a las enormes columnas de aquel templo del Antiguo Egipto, cerca del Nilo, que se multiplicaban y ascendían sin descanso. Otros paisajes le serían regalados durante su viaje. Otra verdad conocería. Otro destino.

Siempre quiso ir a Egipto; y hasta tuvo una amiga de juventud que de niña había conocido ese país y que le juró que lo visitarían. Nunca cumplió su promesa y en realidad ninguno de los dos esperaba que lo hiciera. Egipto era para ellos como decir el Museo; y mentalmente iban a él, cada cierto tiempo: para pasear por el Karnak, que ella le contaba; para ver la esfinge y observar las pirámides, que ella le dibujaba. Y en esos momentos un deseo inmenso que no podían expresar les acorralaba y les hacía mirar el horizonte. Entonces, sabían que estaban pensando en Egipto, los dos en Egipto. Él por su parte, le hablaba del Delta, de los caños que se bifurcan y cuyas bifurcaciones se bifurcan; de los atardeceres frente al caño Manamo; de la plaza Bolívar y de los zancudos a las seis de la tarde. Le hablaba también de su debilidad ante las aguas del río y del impulso que le venía de caer en él cuando estaba crecido y formaba con la calle una superficie indistinguible. Ella se ponía pensativa, entonces. Pero eso fue hace años.

Ahora no estaba ella; ahora, ella se había casado y tenía una hija (cuando se vieron, luego de un largo tiempo, ella mostraba una barriga incipiente: fue en Venecia, le dijo, confidente y feliz); ahora, cuando a veces le volvía el deseo por aquel país y por aquellos años, lo anulaba con un pisotón.

Pero fue a Egipto, finalmente; sin otra compañía que su recuerdo del país-museo que le había mostrado su amiga de juventud. Hizo el itinerario: primero el Museo, luego las pirámides y la esfinge, después el Nilo y en última instancia el Karnak.

Recorrer El Cairo es una tarea digna de suicidas. La ciudad no tiene semáforos (al menos, él no observó ninguno), los carros se rozan constantemente al formar más columnas que las que permite la vía, el peatón tiene que valerse de la bondad de los conductores para cruzar una calle; pero las aceras a veces son amplias y están limitadas por edificios y casas (lo que nosotros llamaríamos quintas), estas últimas vestigios de la época colonial. Vio de lejos el edificio de la Liga Árabe, donde el célebre Arafat, ahora muerto, se había reunido tantas veces. No vio muchos soldados, lo que le extrañó profundamente, ya que es típico de los países de aquella zona la presencia de soldados en cada esquina. Vio, frente a él, al final de una calle, una mezquita; y comenzó a escuchar sobrecogido la salat del hafiz. Aquello era una eclosión de música y poesía, la evocación del reino de lo celeste... y no le extrañó que esos países tuvieran tan grandes poetas: en los cantos de la Sura que escuchaba día a día el niño, estaba el germen sonoro de la poesía que haría más tarde. Supo que había competencias entre recitadores para obtener el honor de recitar un día algún Sura del Corán y que Mahoma fue el primer hafiz. ¿Experimentó la aprehensión de un objeto eterno? ¿O eran tal vez ocasiones actuales?

El tiempo es implacable y los pueblos que adoraron (para siempre) a muchos dioses, adoran hoy a un dios único y omnipotente. ¿Qué lenguas y



dios o dioses nos socorrerán dentro de algunos siglos?

Llegó a la primera parada, según su itinerario: el Museo Egipcio. Le agradó la entrada, colosal y que infundía ese respeto típico de lo egipcio; pero esa impresión fue decayendo a medida que recorría el Museo. Las piezas, milenarias, valiosísimas, estaban colocadas como trastos sin orden ni concierto y sin identificación digna de leer. Pareciera que quienes tenían a su cargo el Museo despreciaban aquello que custodiaban y a lo que tanta gente iba a ver todos los días. Recordó que hay una plaza en París con un monolito egipcio llevado por Napoleón. Se dijo que una herencia acaso colonial de menosprecio a lo propio, no compartida por quienes la irradiaron, así de altanera puede ser la gente, había sido inoculada en aquel pueblo gentil. Salió decepcionado, sin ver todas las salas, y se dirigió al hotel.

Desde el balcón de su habitación veía el Nilo, tan mencionado y majestuoso, surcado por embarcaciones de todos los tamaños. (Recordó el gran río de su país). Era su tercera parada.

Todos los taxistas de El Cairo hablan inglés, pero ninguno lo hace. Tienen su treta. Llamen por celular a alguien que sí lo habla, ponen al pasajero a hablar con ese desconocido quien le tra-

ducirá al taxista el mensaje. Todos, absolutamente todos, hablan inglés. Solicitó ser llevado a las pirámides y el conductor, luego del malabarismo telefónico, salió lanzado hacia las calles de la ciudad y hacia una autopista siempre cercana de casas y edificios que finalmente lo condujo a las pirámides. Desde la autopista ya podía ver a las pirámides; la ciudad lentamente las va acorralando, como está haciendo Ciudad de México con Teotihuacán. Las pirámides y la esfinge están demasiado cercanas. En la memoria, eran objetos más alejados, alejados de la ciudad, alejados de todo; eran objetos solos, conceptos, y había que llegar a ellos luego de un largo periplo que debía incluir trasbordos e incomodidades. Pero ya ven que no fue así, para decepción de nuestro visitante. Apenas bajó del vehículo, una ola de gente le estorbó el paso mientras le ofrecía visitas guiadas, camellos, lo que sea. Logró escapar y, solo, se acercó a la esfinge. Era realmente enorme, como le habían dicho. Su cara lo atrapó. Unos pasos más allá, por un camino que incluye carretera y gente a pie o montada en camellos, están las pirámides. Fueron menos, mucho menos de lo que imaginó y no le quedó más remedio que escudarse. La construcción de las pirámides fue un acontecimiento,

no cabía duda; pero que todo en ella y en todo sea un acontecimiento; que la pirámide vista tres minutos sea un acontecimiento y vista tres minutos más sea otro acontecimiento; que sea siempre un acontecimiento que se actualiza en el alma, como inflexión o como onda, eso le pareció demasiado pedir, aun cuando sonara hermoso. La filosofía es una actividad de creación de conceptos —dijo una vez alguien. Concepto pirámide, concepto esfinge, concepto Museo Egipcio y ahora, concepto Nilo.

Muy temprano, al día siguiente, tomó una lancha para pasear por el Nilo. Estaba cubierta y era para varios pasajeros, pero esta vez iba con él y el motorista solamente. Logró hacerle entender que deseaba una vuelta larga por el río, que incluyera las dos orillas y el centro de la corriente. Allí comenzaron las comparaciones. No era muy distinto del Orinoco, y ni siquiera del Manamo; quizá hasta tenía el mismo ancho del primero en ciertas partes y los mismos recovecos del segundo, en otras. Habían muchos pájaros, nubes de pájaros y algunas embarcaciones pequeñas con parejas y niños. La mujer tapaba su rostro ante nuestra mirada extranjera. El hombre fruncía el ceño ante nuestra presencia. El niño jugaba, indiferente. Entonces, la recordó: y le pareció poco gentil, casi una traición, hacerlo ahora, después de tantos días en Egipto. Estaban casi en el medio del río. Se paró muy cerca del borde de la lancha, para observar todo el paisaje. El motorista dijo algo en árabe, que él no comprendió aunque supuso su contenido. El río, como en el Delta, lo llamaba; y no sabía si iba a tener la suficiente entereza esta vez como para rechazarlo. Nuevamente escuchó al motorista, y sea lo que sea que le haya dicho, era sin dudas un grito de advertencia. Se dejó caer en el río, y comenzó a nadar. Nunca le diría lo que había pensado del Museo ni de las pirámides. Eso se lo guardaría para sí mismo. Seguía nadando y las ropas comenzaban a pesarle cada vez más. Pensó en el Karnak, vio las figuras con caras de carnero, como ella le había contado, las figuras que protegían la entrada; vio el templo de Amón que su amiga había visto; casi tocó las columnas mientras seguía nadando, cada vez con mayor dificultad y dándose cuenta de que la orilla próxima estaba demasiado alejada, aun para él, que era un hábil nadador de los caños del Orinoco. Distinguió una isla, a lo lejos, que le pareció conocida. Acaso estaba en el Manamo, en su Delta, y la isla era la que todos los días, cuando era niño, miraba desde su casa. Acaso estaba en casa. La fatiga comenzaba a devorarlo. Las ropas y los zapatos le pesaban como una escafandra. Acaso pronto estaría protegido con estas aguas tan agradables que olían a limo, a barro, a inmensidad. Oía voces, cada vez más lejanas, y ya no supo decir si eran las del motorista o las de algún dios que le advertía. Dejó de nadar.

* AFORISMOS / FRANKLIN FERNÁNDEZ

Insectario

La cópula de los grillos mientras cantan, ¿qué mejor ejemplo para celebrar el amor?

*
La abeja es la aurora. La mosca es el ocaso.

*
Las garrapatas parecen enigmas siderales.

*
El escorpión nos ofrece la aguja, la araña el hilo.

*
El ciempiés es horrible y, al mismo tiempo, deslumbrante. ¿Cómo no asombrarse ante el andar de un enjambre de patas?

*
El vuelo de un grillo es aterrador. Más aterrador que su canto.

*
Imitar el ejemplo de los escarabajos. Para que las bolitas de abono lleguen a su destino, así sean de mierda.

*
La abeja y el abejorro, van adornados de polen y estrellas. Las esparcen por el mundo.



*
Que nunca se termine el camino de las hormigas. Es el espíritu de su materia.

*
La elegancia del piojo. Su valentía. Se necesita coraje para doblar el pelo de una mujer.

*
El silencio desmantela escarabajos, chicharras y cocoas. Los egipcios las tallaban en jade y las colocaban en la boca de sus muertos para ayudarlos a resucitar. Cuando bese a mi esposa en el más allá, nos pasaremos escarabajos, chicharras y cocoas de una lengua a otra.

*
La oruga sobre el pasto amansa el bosque.

*
En su telar, la araña aligera las patas. Avanza a pierna suelta hasta el lugar de los diseños.

*
La libélula es el ala del agua.

*
La noche estrellada me conduce hasta la rajadura donde canta un grillo.

*
El apacible vuelo de la mariposa (eso es el ying). El aparatoso vuelo de la cucaracha (eso es el yang).

*
El grillo canta en su humilde tristeza de ser canto. Conviene no dejarse escuchar por el grillo.

*
Las taras, tararean. Copulan tarareando

*
Las luciérnagas anuncian la muerte de las estrellas. Las estrellas anuncian la muerte de las luciérnagas, porque no habrá relevo.



* Ilustración de Humberto Castro

* Ilustración de David Dávila



*ENTREVISTA

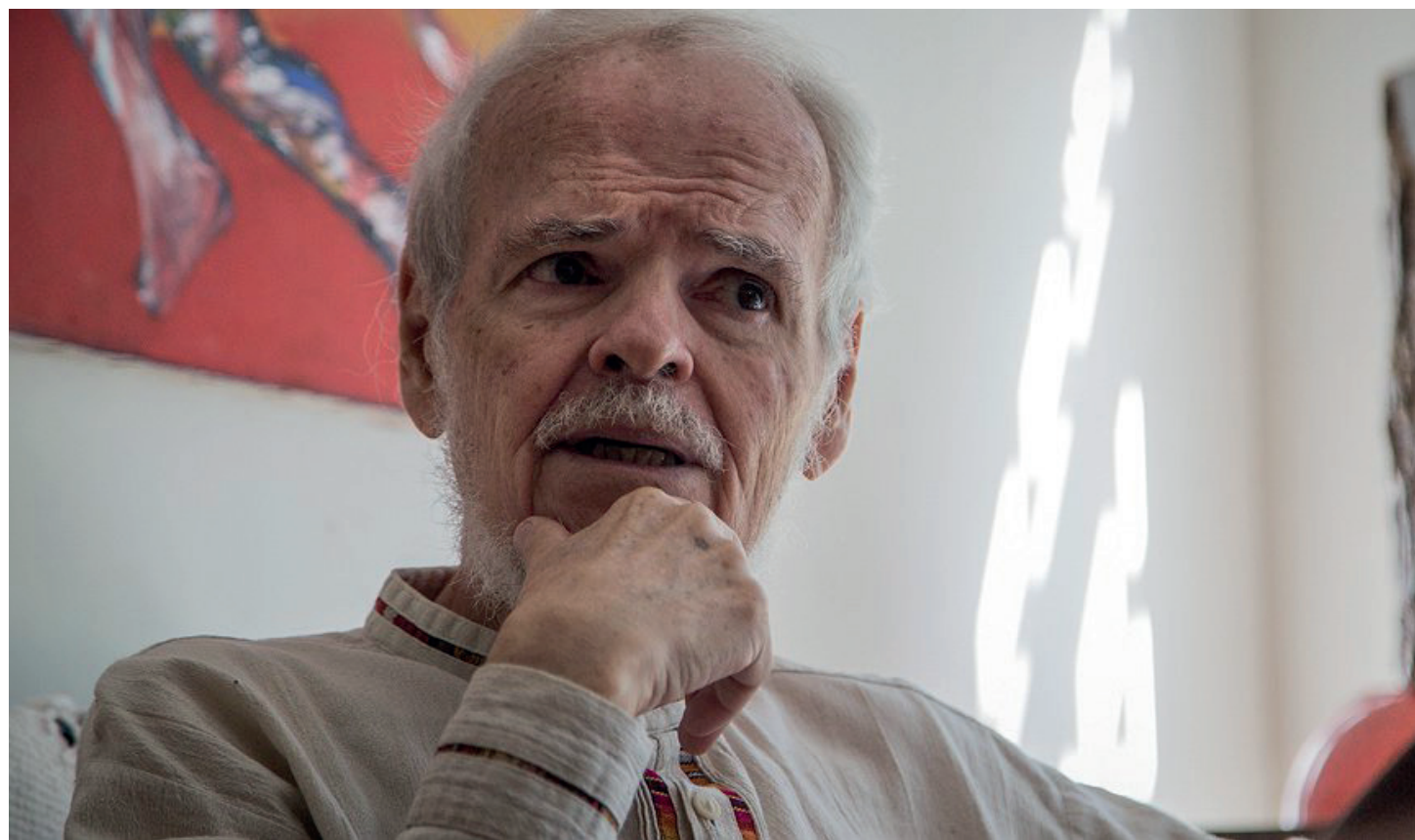
Pedro
Ibáñez

Luis Britto García:

Pretenden inocularle al venezolano una autovaloración negativa

En conversación con el autor del libro *El verdadero venezolano: mapa de la Identidad Nacional*, se respondieron las interrogantes respecto a cómo parte del asedio contra el país incorpora el ataque a su identidad nacional, caracterizada por la solidaridad y cooperación, la cual se impone cada vez que la derecha nacional y factores injerencistas extranjeros recrean sus métodos de agresión.

Como en el sabotaje petrolero, el ataque al Sistema Eléctrico Nacional fue un escenario en el que la derecha persistió en su propósito de generar revueltas populares y alzamientos militares quedando frustrada en sus objetivos. La estrategia golpista ha virado hacia métodos no convencionales que apuntan hacia las necesidades básicas, alimentación y servicios, sin embargo, el arma del pueblo ante esta maniobra ha sido la solidaridad, valor que en Venezuela es sinónimo de resistencia.



A propósito del sabotaje eléctrico, que la derecha uso para promover un estallido social y que causó realmente brotes de solidaridad en el seno del pueblo, como fue durante el sabotaje petrolero de 2002-2003 ¿Por qué en estas situaciones prevalece el venezolano solidario y fracasan las estrategias de terrorismo, coacción o intimidación que buscan desmovilizarlo? ¿Es en estas condiciones cuando prevalece la identidad del verdadero venezolano?

Es interesante señalar que hace décadas en Estados Unidos se produjeron apagones de apenas unas horas que de inmediato se tradujeron en un caos total: saqueos, violencia, asesinatos y una durísima represión policial. En Venezuela, a pesar de que el apagón duró varios días, afectó la casi totalidad de los medios de comunicación y de que la población estaba desinformada, la inmensa mayoría de los venezolanos permaneció tranquila, a la expectativa, sin desatar la violencia contra los demás ni contra las cosas, soportando con relativa paciencia una situación que no sólo la dejaba a oscuras, sino que paralizó transportes como el Metro; inhabilitó el suministro de agua en las edificaciones con hidroneumático, estropeó muchísimos alimentos y medicinas por falta de refrigeración y supuso un verdadero calvario para quienes viven en edificios de decenas de piso de alto. En mis

investigaciones sobre la identidad del venezolano he encontrado un altísimo grado de solidaridad, que garantiza la colaboración con los demás en momentos de necesidad, y de empatía, que le permite compartir los sentimientos de los demás. El sabotaje eléctrico ha sido una constante en los últimos años. Quizá esto le permitió interpretar que la situación era un ataque contra el colectivo venezolano, y que los actos de violencia indiscriminada favorecerían al adversario.

Estados Unidos, la Unión Europea y sus países aliados en la región atacan constantemente al gobierno, también hemos conocido señalamientos directos contra migrantes venezolanos, como el pronunciamiento xenófobo del presidente de Ecuador, Lenín Moreno, e incluso expresiones de dirigentes de la derecha venezolana como Julio Borges, que calificó a sus connacionales como "plaga". ¿Cuáles son, a su juicio, los flancos de ataque contra la venezolanidad? ¿Qué efectos busca la estrategia de calificar a un Gobierno de corrupto y a un gentilicio como delincuente?

Desde el primer momento de la invasión europea llamada Conquista se articuló contra el venezolano un discurso denigratorio, tendiente a vulnerar su concepción de sí mismo y a ino-

cularle una autovaloración negativa. Durante tres siglos se ha motejado a nuestro pueblo de perezoso, violento, incoherente, "bárbaro" e incluso de racialmente degenerado. Ese discurso sigue hasta la contemporaneidad en los medios de comunicación que tratan a los venezolanos de "monos", de "chusma", de "turba". Ahora hay una campaña xenófoba contra los venezolanos que emigran al exterior, que en realidad no pasan de 1.200.000 en una década, cantidad muchas veces menor que la de extranjeros que hemos acogido. Para exagerar la cifra de migrantes hay muchos recursos. Por ejemplo, desde San Cristóbal, en una zona fronteriza muy poblada, pasan a Colombia diariamente infinidad de venezolanos, que declaran que regresarán en pocas horas o días, y se los cuenta como migrantes. Las fake news inflan la cifra a unos tres millones de migrantes, y ello ha dado origen a una campaña xenófoba sin precedentes. En contraste, el venezolano ha sido siempre generoso y solidario con todos los que vienen de afuera. En los años cincuenta del pasado siglo ingresaron 800.000 inmigrantes europeos a un país que contaba apenas con cinco millones de habitantes: no hubo nunca un incidente xenófobo de nota, ni movimientos de discriminación racial. En las décadas inmediatas ingresaron centenares de miles del Cono

Sur, de las Antillas, de los países árabes, de los países andinos contra los cuales no hubo tampoco reacción xenófoba, Y no hablemos de los 5.600.000 colombianos que nos acompañan. A todos se les dio acogida, a todos se le acordó el acceso a beneficios sociales como la educación y la atención médica gratuitas y las viviendas de interés social. Es una verdadera muestra de mezquindad que algunas autoridades de países vecinos proclamen que no habrá “nada para los venecos”, o que consideren que los afecta una migración mínima comparada con la que hemos recibido de ellos. Por ejemplo, los medios peruanos clamaban contra una supuesta presencia de unos 20.000 venezolanos, mientras que en nuestro país hay arriba de 100.000 peruanos. Lenín Moreno se pronuncia contra los migrantes venezolanos sin tener en cuenta que Ecuador ha sido históricamente un país de emigración; que con unos 16 millones de pobladores ha visto salir en los últimos años cerca de 1.200.000 emigrantes. Venezuela ha recibido fraternalmente a los inmigrantes de todos los países, y colaborado en programas sociales con muchos de ellos.

En cuanto a los venezolanos, llamémoslos así, que en el exterior exageran la cifra de migrantes y la califican de “plaga”, lo hacen para legitimar una invasión militar extranjera contra nuestro país. Se trata, sencillamente, de traición a la Patria.

Los venezolanos hemos sido calificados de muchas maneras: como generosos, como libertadores, pero jamás de delincuentes ni de plagas, porque nunca lo hemos sido ni lo seremos.

¿Cómo caracterizamos a esa narrativa anti venezolana en el discurso mediático y de voceros injerencistas? ¿Cuáles han sido sus verdaderos efectos en el pueblo, lo desmoraliza o cohesiona?

He destacado en diversas oportunidades que la actitud del pueblo venezolano es inapreciable. A pesar de que históricamente la mayoría de los medios de comunicación son opuestos al bolivarianismo, el pueblo ha mantenido su adhesión a este movimiento político. Creo que hay dos razones para ella. Primero, el discurso del bolivarianismo, comenzando por el del comandante Chávez, ha encomiado

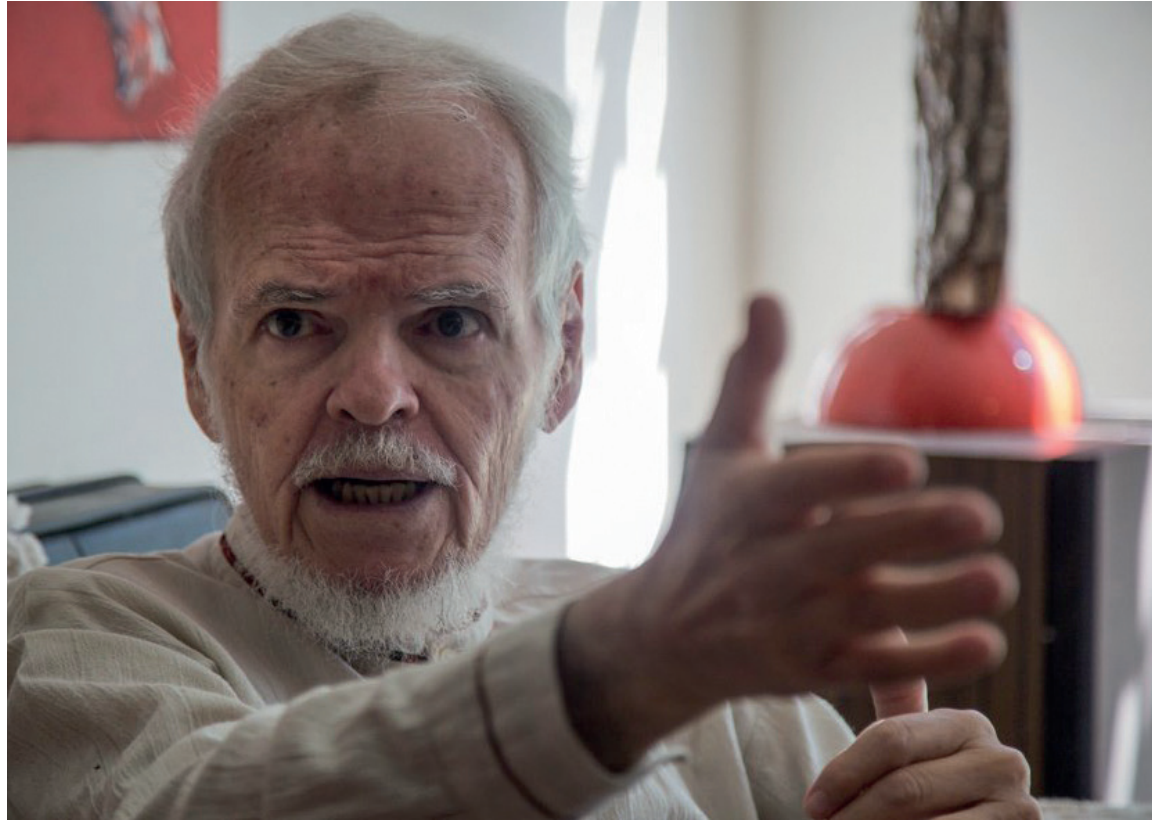
los valores y la manera de ser del venezolano. Segundo, el gobierno ha aumentado progresivamente la proporción del gasto público destinada a la inversión social, que en la actualidad es de 74% de todas las erogaciones. Ambos factores han asegurado una adhesión del pueblo al bolivarianismo, a pesar de todas las durezas infligidas por la oposición interior y sobre todo por los enemigos imperiales. La catarata de insultos del discurso mediático fortalece la resolución y la capacidad de resistencia de nuestros compatriotas.

EEUU contradictoriamente ofrece "ayuda humanitaria" a Venezuela mientras asfixia su economía ¿Subestima Washington al pueblo venezolano en su nivel de conciencia e identidad en defensa de la patria?

Pasqualina Curcio ha caracterizado de manera precisa la situación como el colmo de la hipocresía. Las medidas de agresión contra nuestro país lo han dañado por una suma superior a los 32.000.000 millones de dólares. Después de causar un estropicio de esa magnitud, Trump ofrece una limosna de unos veinte millones de dólares en una ayuda humanitaria que no es ni humanitaria ni ayuda, sino una excusa para invadir el país, y que no llega al 0,6% del daño que nos ha causado. Es como si destruyeras todas las propiedades de un ser humano, y luego pretendieras comprarlo con una limosna de un centavo. El pueblo venezolano entendió de qué se trataba: con su presencia masiva impidió la invasión de dos camiones que, aparte de algunos alimentos, traían un contrabando de armas, explosivos y otros pertrechos para la violencia.

El pueblo venezolano desatiende los llamados bélicos y la Fanb los llamados a desertión. ¿Podemos pensar que unidad cívico-militar encarna el simbolismo independentista recuperado por el chavismo? ¿Es este el núcleo que EEUU y la derecha atacan?

Ciertamente, la derecha ha agredido de tantas maneras al pueblo venezolano, ofendiéndolo de manera continua con los medios de comunicación, secuestrando a su Presidente electo, intentando asesinarlo, creando desabastecimiento, elevando insensatamente los precios, sabotando los servi-



En mis investigaciones sobre la identidad del venezolano he encontrado un altísimo grado de solidaridad, que garantiza la colaboración con los demás en momentos de necesidad, y de empatía, que le permite compartir los sentimientos de los demás.

cios públicos, lanzando oleadas terroristas, quemando vivos a ciudadanos porque le parecían bolivarianos o morenos; que sería comprensible una respuesta violenta. Ésta no se ha producido, gracias a la gran conciencia política fortalecida en las últimas dos décadas. El pueblo confía en las Fuerzas Armadas, y se ha integrado a ellas con dos nuevas fuerzas, la Milicia y la Reserva, que aumentan considerablemente nuestras capacidades defensivas. Por otra parte, pese a las amenazas y a las promesas engañosas, en dos décadas las defecciones del Ejército a favor de la minoría derechista han sido insignificantes. Pensemos en los pocos guardias que cruzaron la frontera cuando se pretendió forzar la entrada de la “ayuda humanitaria”. Ahora están abandonados, no sólo por los venezolanos leales, sino por las fuerzas extranjeras que los sedujeron. Los traidores han sido traicionados, y es lo que merecían.

El irrespeto al derecho internacional, la pretendida idea de crear un gobierno paralelo con un presidente autoproclamado y

títire de EEUU, son maniobras que atentan contra el concepto de Estado ¿Atacar al Estado constitucional puede ser una variante del ataque a la venezolanidad?

Pues claro que sí. Desde hace dos décadas, casi todas las estrategias de la derecha han sido ilegítimas: golpe de Estado, magnicidio, sabotaje, terrorismo, acaparamiento masivo, contrabando de extracción, gobiernos paralelos. Quiero sumar a ellas la creación de un cuerpo paramilitar, la llamada Guardia Territorial Pemona, que se opuso a la Guardia Nacional cuando ésta se dirigía a evitar la invasión de un convoy de supuesta ayuda humanitaria en la frontera por Santa Elena de Uairén. No sólo se están creando presidentes paralelos: se trata de crear paraestados, con fuerzas armadas propias, y hay que rechazar estas tentativas, que rechazarían contar con un descomunal apoyo por parte de los imperios.

Otro aspecto en el ataque a los símbolos ha sido la historia. El presidente colombiano Iván Duque afirmó que EEUU apoyó la independencia de Colombia hace 200 años, cuando realmente fue

el ejército patriota liderado por Simón Bolívar. ¿Se pretende borrar al bolivarianismo de la historia de la región? ¿Es también una forma de eliminar de la memoria al chavismo? ¿Tendrían estos mensajes efectos sobre la identidad del venezolano?

Creo que se trata sencillamente de ignorancia del Presidente Duque. Para cuando nuestras repúblicas se independizaron a partir de 1810, ya los Padres Fundadores que proclamaron la libertad de Estados Unidos en 1783 habían muerto o estaban retirados. Todavía más: Estados Unidos prohibió que sus ciudadanos vendieran armas a nuestros patriotas, y permitió que sus contrabandistas las vendieran a los realistas, e incluso pretendió defender a esos contrabandistas cuando nuestras fuerzas navales los apresaron. Bolívar sostuvo una larga polémica con el representante estadounidense Irvine, quien pretendía que ese pleito fuera juzgado por los tribunales de Estados Unidos. Bolívar defendió nuestra soberanía al decidir que fuera sentenciado por nuestros jueces.

Así como se pretendió borrar nuestra gesta histórica, seguramente se pretende y se pretenderá erradicar todo trazo de bolivarianismo. Pero una cosa es decirlo, y otra hacerlo.

No estaría de más que antes de lanzarse, los candidatos presidenciales aprobaran un examen de Historia Patria. Evitaría muchos ridículos. Hay que señalar que el intento de borrar nuestra Historia no es nuevo. A finales del pasado siglo, un estadounidense llamado Rudolph Atkon preconizó que nuestros programas educativos debían comprender sólo materias instrumentales, como matemáticas y física. En consecuencia, a partir de la segunda presidencia de Caldera, la Historia, la Geografía y la Educación Cívica, que ocupaban nueve horas semanales en los pensum de primaria, fueron apelmazadas en una sola materia a la que correspondían apenas tres horas. En ella se aprendía qué es una Cordillera, pero no qué es la Cordillera de los Andes. Varias generaciones de educandos se graduaron así sin conocimientos de Historia ni de Geografía venezolana. Así como se pretendió borrar nuestra gesta histórica, seguramente se pretende y se pretenderá erradicar todo trazo de bolivarianismo. Pero una cosa es decirlo, y otra hacerlo.

¿Somos efectivos en afianzar nuestra verdadera identidad desde el mensaje político mediático y en redes sociales, así como desde la expresión cultural?

Hay claras fallas sobre el particular. Encuestas realizadas por G1S XXI señalan un decisivo repunte en el orgullo de ser venezolano y en la estima por Venezuela, pero cuando se indaga sobre el motivo de estos sentimientos, se encuentra que se refieren esencialmente a las bellezas naturales o a las riquezas del país, no a la manera de ser o a las virtudes de sus habitantes. Por otra parte, se insiste en un conjunto de símbolos que representaron la venezolanidad a finales del siglo antepasado y principios del pasado, tales como el sombrero de cogollo o muchas bellas melodías tradicionales, pero no se indaga sobre la contemporaneidad. He intentado realizar un estudio sobre nuestra manera de ser en mi último libro *El verdadero venezolano: mapa de la Identidad Nacional*. Es imprescindible estudiar y valorizar estos elementos, porque la identidad es el fundamento de la Nación, y el Estado se crea para defender la Nación. Sostener que el pueblo venezolano no tiene identidad es invalidar la Nación y deslegitimar el Estado.

Ana María Oviedo / Poesía

* Trujillo, Venezuela, 1964. Poeta, editora, promotora cultural.

Áspero,
definitivo en la desmesura.

Sin ternura
o tan siquiera
esperanza.

A veces, es también así
la poesía.

Hago incienso de espinas.

Para cumplir el rito de extrañar,
maldecir,
morder el silencio.

Estuvieron en tallos de flores magníficas,
arrojadas, vivas,
al abismo.

Hay pájaros cantando
desde mucho antes del alba.

Alucinada,
sin tu nombre,
salgo al resplandor de un día solitario.

PROHIBIDO

Subí al árbol.

Llegué a la rama más alta.

Era un árbol común y corriente
—tanto como pueden serlo los árboles—.
No había frutos.

Pero al bajar
no fui la misma,
como si me hubiera rozado el fulgor,
la claridad incesante.



a Miguel Eduardo Peluzzo.

UN CUERPO PROPIO

Surfeando en internet/ rumbo a mi blog
con ganas de exhibirme y de exhibir
mi fitness
hago el calentamiento/ abriendo windows
donde alternan feministas con starlets:
Linda Lovelace/ Belladona/ Moana Pozzi
Océane/ Katja/ Tabatha Cash
y otras morenas de la vieja guardia
jugando al Hot d'or
tomando el té a través de las persianas
con Marilyn Chambers y Annie Sprinkle
de-gabán-abierto
diestra en sus malabares/ con los adminículos
de toda buena sesión
de hidromasajes.

Previo a los días de examen
¡qué prisió concentrarse!
Así que sentadita/ como la anguila eléctrica
me doy electroshocks con fragmentos de porno
y envío twitters a mis fans
con el telégrafo del barrio:
"Estoy solita en cas/ma
muerta de abulia estoy/ detrás de la puerta verde".

He aquí mis remos/ mi dedal/ mis herramientas
en la estación de bombeo/ mis hermanas de tránsito:
a nado las pedí prestadas.
Si yerro y me embarazo/ en las pruebas de campo
también sacan sus fórceps
y sirven de parteras
ungiéndome a la vez/ con su jalapa fría
para que el grumo escape comodito.

Desde 1963/ con la medalla del anticonceptivo
desde 1971/ cuando firmé con las 343 guarras
para sacar a la calle (con sus gafas de lujo)
mi abortico doméstico
yo me siento liberada/ yo me siento ciudadana
yo me paro de noche en las guaguas vacías
para darle el asiento al conductor.

OVACIÓN

Entro en el submundo de los veedores del fútbol
como en las arcas del Infierno –por supuesto–
hay risas gritos humo de cerveza
y ese olor tan característico...
hay torneos:
los veedores se piden las cabezas
se amenaza con violar al cabecilla
o a la novia del cabecilla
de cada bando contrario.

Tiemblo
me pregunto quién será el cabecilla de nuestro bando
sé que a esta hora
ningún striptease los sacará de quicio
los meterá en cintura
con el ojo en el gol

pero también sé que si perdiéramos
si fueras tú el cabecilla
olvidado de ti
me violarán 1-2-3 mil vencedores
no mirando mi carne
sino la portería.

Maldito cuerpo de mujer
con esta forma de falsa valla
red encubierta
que no tiene el valor de la penetración en público.

A fin de cuentas
qué es un gol sino una violación
cien mil veces aclamada
—bajo el cielo—
en la garganta abierta del estadio.

Jamila Medina de los Reyes / Poesía

* Holguín, Cuba, 1981. Profesora, poeta, narradora, ensayista y editora cubana.
Una de las voces más reconocidas de la poesía contemporánea en su país





Decir un día, de José Gregorio Vásquez

Como la filosofía carece de órgano para las bellezas de la muerte,
hemos emprendido todos el camino de la poesía.

E.M. CIORAN

Decir un día (editorial Acirema, Venezuela, 2018) es un libro aparentemente difícil de transitar por su tono luctuoso que se va aclarando poco a poco a través de un lenguaje fino y exigente capaz de deleitarnos con imágenes fuertes y el ritmo trepidante de una narración incumplida. Si debo definirlo, diré que se trata de una larga elegía que entrena dolor y lucidez en un mismo gesto. *Decir un día* no es una reflexión sobre la muerte: con toda certeza su proyecto es puramente poético, lo cual no significa necesariamente una tangente al pensamiento mismo que ha dado cuenta de la finitud de la existencia. Digo más: su poética procede de unos previos filosóficos que me devuelven a un libro supuestamente distante de la poesía actual: *El ser y el tiempo*. Sobre todo a la segunda parte donde inicia Heidegger su pregunta por la totalidad del ser: por su verdad:

Mi casa

Qué dice
qué oculta
qué llora
qué grita

Y yo me pregunto
en esta hora aciaga
qué es mi casa

De algún modo, José Gregorio Vásquez se hace acompañar de esa duda y a la vez de esa noción de finitud que pretende dar cuenta no sólo de nuestra conciencia de muerte sino del peso de la muerte de toda metafísica. Es verdad que estas coincidencias con *El ser y el tiempo* son momentáneas pero en tanto que esenciales, operan dentro de la poemática de *Decir un día* como el espacio de su despliegue. Por ejemplo, la sospecha de que la nuestra es una existencia temporal e impropia hila y permite entender al poema como un todo. Es posible, por ello, recorrerlo de manera aleatoria, romper con la linealidad de todo discurso y suspenderse en la imagen de eso que en la jerga heideggeriana carece de forma. Que el ser es tiempo, y es siempre un ser inacabado, son premisas que dominaron lo suficiente el siglo XX como para no estar impregnado de ellas incluso en el intento de su olvido:

Ando en el fondo del tiempo
y no salgo

...
Tarde regreso a mis viejas palabras
para decir lo poco que me queda



Más aún: la intuición según la cual ese estado de incompletud no se da por falta de algo sino, precisamente, como cualidad del ser ahí en tanto que apertura a la totalidad —esa existencia en la que acaecemos como fracciones— parece darle más que ritmo y articulación a las estrofas del poema: le da un horizonte, lo obliga a barruntar un más allá. Lo que en Heidegger es una duda fuera del tiempo para J. G. V. es una respuesta urgente: la finitud implícita de todo ser es también una experiencia de posibilidad. ¿Cuál de ellas aparece en la promesa temprana del poema? El lenguaje. O mejor aún, la palabra poética como pura trascendencia:

La palabra vino siempre
de otras tierras
de lejanos lugares de otro tiempo
...
venía sin mí
sin mi recuerdo
...
una frontera indivisible
de la que he partido sin mí

La premonición de ser siempre un proyecto no es en la poética de J. G. V. una esperanza sosa sino un elemento constitutivo de lo irreductible. Decir es siempre el inicio de un combate y en este caso el enemigo no es el silencio tanto como el olvido:

No sé que palabras hay
si las hay
para invocarlas
en este momento
de infortunio
...
Quiero decir con ellas
el dolor de horizonte perdido

Y más adelante:

Hemos olvidado
la música secreta
de estas palabras

Acá toda la fuerza vital está vertida en la palabra por la responsabilidad del testigo, del ser en el lenguaje. ¿Qué promete la palabra al poeta?: la apropiación de su vida y de su muerte, un principio de identidad. Porque de eso se trata: nombrar la finitud es oficio de quien debe dar cuenta de la vida, del anhelo de totalidad desde sí mismo. ¿Cuál totalidad? La inexistente, dicho de otro modo, aquello susceptible a la invención frente a lo inmanente: *lo que hay*. *Lo que hay* es vida y muerte, muerte y vida en una extraña unidad que sólo la presencia del hombre distancia, polariza. Y esta actitud testimonial que implica la entrada en escena del *yo* le otorga un valor estético superior a *Decir un día* que nos aleja, ahora sí, de las dubitativas enunciaciones teóricas: ya hemos dicho que el poeta no busca la verdad pero asume, a diferencia del filósofo, la tarea de responder a las preguntas.

Vásquez compromete en este libro el cuerpo—lo que leemos son cicatrices biográficas—se confiesa y dice sus pérdidas, enseña el luto encarnado y lo desnuda con metáforas. Y en ese transparentar la íntima letanía que todos somos; esas muertes se hacen legibles, respirables. No se puede hablar de la muerte sin hablar de uno mismo, es cierto, pero el logro de J. G. V. no es su presencia en el poema nada más, consiste en incorporar sobre todo su potencia: la potencia del *yo* es una singularidad que universaliza:

Quién de nosotros
podrá cargar esta osamenta

Quién de nosotros
podrá cantar esta historia
...
Yo nada puedo
en esta hora

No hay teatralidad ni narración. Es verdad que por momentos el poema nos deja pensar que discurre, que irá —iremos— a un lugar diferente, que el luto es pasajero y se llegará a decir: se cumplirá la promesa, se realizará el poema. No es menos cierto que la voz cambia de lugar dando, por momentos, la ilusión de un personaje múltiple. Sin embargo, hasta el último verso no habrá movimiento ni desarrollo de nada, hasta entonces nos enteraremos de que estuvimos habitando unos ojos enamorados de las cosas in-

conclusas, de los bordes de la tierra, de la soledad de las casas, de la existencia sin historia, de la muerte que constituye a todo esplendor. La poesía es eso: una afirmación contemplativa frente al florecimiento de la finitud:

Qué me impide de mí
callar

El dolor circunciso de la agonía
el abandono
el exilio postergado

La contemplación es una invitación a detener el tiempo, a dilatarnos en el ser. No para evitar su muerte sino para experimentar, captarla en su imposible. Es la valentía que nos demanda la poesía: no basta con hacer consciente nuestra finitud, la vida exige el coraje de contener ese derrumbe, celebrarlo incluso. Ser en él materia y verticalidad:

Se ha deshojado mi ahora
Se ha roto
Y no se ve

El nombre: la palabra que no se supe, que no ofrece un después sino la hondura del tiempo del decir, de alumbrar; que es el mismo —y único— tiempo de desaparecer, es toda la apuesta de *Decir un día*. Dar con el nombre exacto de eso que siendo un afecto es también vacío.

La poesía es la única expresión humana capaz de detenerlo todo en su movimiento. Ese destello de eternidad, que me interesa y me basta, está presente en este libro, sin lugar a dudas.

José Gregorio Vásquez.
San Cristóbal, 1973

Poeta, ensayista y editor. Es profesor de literatura en la facultad de Letras de la Universidad de Los Andes (Mérida). Ha publicado: *Palabras del alba*, *Lugares del silencio*, *Ciudad de instantes*, *Bogotá siempre palabras*, *El fuego de los secretos*, *La tarde de los candela-bros*, *Ingapirca*, *Cantos de la aldea*, *La noche del sol* (Antología poética), *Solamente el olvido*, *Mínimo esplendor* y *Decir un día*. Como director fundador de la casa editorial La Castalia ha sido responsable de la publicación de la obra de José Manuel Briceño Guerrero y de la Antología del poeta ecuatoriano César Dávila Andrade.

Bicicleta

Siempre creí que el asiento de la bicicleta era muy estrambótico: parecía una cebrá de arco iris, un sofá donde cabrían hasta cuatro nalgas, una lengua demasiado acolchada. Yo quería un asiento normal: de plástico, para que me doliera la carne cuando cayera en un hueco; negro, gris o azul; simple, simple como un verdadero asiento de bicicleta. Pero no era mía. La armazón de hierro rellena de calcomanías, con ese asiento estrambótico, pedales rojos y frenos como cachos de cabra, no era mía. La bicicleta se la había ganado mi hermana mayor cuando estaba en sexto grado. "Si me traes antes de diciembre seis veintes, yo te la compro". Papá lo anunció en octubre y en Navidad mi hermana ya le había traído quince veintes.

Aprendí a manejarla en la cuadra de mi casa, dentro de los parches de piedras, pavimento cuarteado y el monte que se asomaba por las aceras. Caí una, una y otra vez. Me raspé las rodillas, los codos y hasta una mejilla. Comí tierra, probé el calor de la calle al mediodía, me resbalé en la cadena que se salía a cada rato. Y aprendí a dominarla en una semana. Sólo dos días me bastaron para manejar sin las dos manos, montar los pies en los tubos para andar sin pedalear y contorsionarme en un ángulo de cuarenta y cinco grados para rodar en un caballito.

Y con las dos ruedas raspando la piel negra, los pares de manos y de pies en el columpio y pedales, y la mirada roja clavada en el camino, me deslicé en las dos zetas de las seis cuerdas. Tenía miedo, hasta el punto de ignorar la esquina rebosante de flores donde vivía Evaristo, la cerca de tablas que gritaba "se venden tetas", la guardería que olía a pañales, talcos, llantos y salivas de bebés. Y destripé muchos mangos con los cauchos desgastados de las ruedas. Aún con ese miedo que me calaba los huesos, descubrí tres nuevos bloques en las casas que construía el gobierno desde hacía seis meses. Y me ahogué en las vitrinas rellenas de chucherías de la bodega de Isaías, donde los niños que salían de la escuela Cruz Paredes atrataban antes de perderse en los juegos de metras, los cuadernos llenos de citas textuales de los libros o sencillamente en los brazos de sus madres. Todavía faltaba media hora para dar las doce en punto, todavía faltaban treinta minutos para que sonara el timbre. Se me estaba formando un boquete en el estómago. Ya casi era mediodía. El patio del Cruz Paredes se retrataba como una cara virginal. Lindo. Desde lejos se veían los niños y los maestros, las ganas de almorzar. El torso rojo del preescolar se vislumbraba desde la cerca del patio. "¿Dónde estará Boris?". No me tocaba, ese día no me tocaba buscar a Boris. Con un frenazo que dejó una estela de polvo, me limpié el sudor y las lágrimas.

— ¡Boris! —grité entre las caras de asombro—. ¡¡¡Boris!!!

Una maestra salió desahogada dentro del jardín de niños. Me buscó la preocupación en las lágrimas.

— ¡Búsqueme a Boris, por favor! A papá le dio un infarto y se está muriendo en la medicatura.

Y salió la redondez de esa cara hermosa, bañada en el colorado del calor, empujada atropelladamente entre las franelas rojas. Y de un salto se montó en la armazón de hierro.

— ¡Sosténgase bien, como un hombrecito! —le dije en mi voz ahogada de doce años—. Mire que papá se nos está muriendo.

Y con un respiro de dragón y las lágrimas cayendo en los mechones rubios de mi hermano menor, nos fuimos hasta la casa, sin mirar a ningún lado, sólo con los flashes de la gente socorriendo los gritos retumbantes de cuatro niños que se resbalaban en el llanto de la muerte.

Boris no recuerda a papá. Es mejor, quizá es mejor.



Muñeca

Ayer se me cayó la cabeza: la tenía pegada con saliva. Ella quería una muñeca barbie, con las piernas largas y el cabello rubio. Pero ese 18 de mayo, a las seis de la tarde, su madre le entregó una bolsa de plástico blanca. Era yo. Podía abrir y cerrar los ojos. Tenía un agujero en la boca para mamar dedo y las mejillas rosadas y pecosas. Vi sus rizos castaños, la palidez virginal del rostro, las manos menudas y temblorosas. Mi vestido de cuadros rosados serpenteó al saber que yo era su regalo de cumpleaños. Pero sentí su mirada de desprecio. Me tomó entre sus brazos y le sonrió a su madre. No agradeció, sólo sonrió. Y me columpió en su pecho para llorar de rabia el resto de la tarde. Durante la noche, me acostó en su cama, donde dormía con su hermana mayor, y me susurró al oído:

—Te odio.

Cinco años cumplía ese día, suficiente edad para decapitarme a sangre fría.

Atardecer

El sol hiere las paredes y me atraviesa con luz de sangre. Baña la sala al entrar por el balcón. Olfatea un rato con su nariz humeante y lo observo silenciosa. Luego huye. Y debo prender las luces.

Cazada

Ayer mi gata se comió un pájaro en el baño. Hoy veía las plumas esparcidas por el piso mientras lloraba. El amor se colaba entre mis dedos y caía sobre las plumas. Estaba abierta como el grifo de la regadera. Abierta y rota, en el estómago voraz de mi marido duermo la siesta del enemigo. Seca, rota y muerta.



*VISLUMBRES
VERBALES

Gabriel Jiménez
■ Emán



*TRIZAS DE PAPEL

Douglas
■ Bohórques

Miyó Vestrini Entre la poesía y el periodismo



En una escritora como Miyó Vestrini se hace visible una de las facetas más notables del periodismo literario en Venezuela, por la capacidad que ésta tuvo para manejarse entre la crónica, la entrevista, el reportaje o la reseña crítica con una peculiar lucidez. Ello se debe en primer lugar a que Miyó fue esencialmente una poeta, una mujer ganada a la interioridad existencial, labrando sus versos golpe a golpe; no a través de una voluntad de hacerse una poeta reconocida con una obra que la prestigiarla como tal, sino como necesidad íntima, como ejercicio difícil que muchas veces le sirvió para expresar estados radicales de depresión, y así valorar su propia vida.

Si observamos ahora la poesía de Miyó con objetiva distancia, notamos que se trata de una de nuestras poetas más audaces y verídicas.

Desde la década de los años 60 del siglo XX, participó en varias refriegas intelectuales y aventuras editoriales y literarias en Maracaibo (donde fue reportera policial, pero también integrante del grupo literario *Apocalipsis*), Caracas o Italia, siempre fue fiel a sus fantasmas, a sus llamados interiores. Publicó cada uno de sus libros de poesía sin premura, atenta sólo a expresar genuinamente su voz, sus preocupaciones, sus dilemas. Me atrevo a decir que Miyó conquistó un sitio de excepción en la poesía venezolana escrita por mujeres, precisamente porque no desoyó sus llamados esenciales, fue fiel a ellos, y así surgen los libros *Pocas virtudes*, *El invierno próximo*, *Valiente ciudadano*, *Órdenes al corazón* o *Historias de Giovanna* que le aseguran un lugar en la lírica de su tiempo.

Miyó estaría entre los años 60 y 70 configurando una poesía urbana y existencial, donde la ciudad de Caracas es epicentro de lucha social y política importante, también escenario de los distintos movimientos de vanguardia.

Ahí la conocí en los años 70, en las

Miyó estaría entre los años 60 y 70 configurando una poesía urbana y existencial, donde la ciudad de Caracas es epicentro de lucha social y política importante, también escenario de los distintos movimientos de vanguardia.

andanzas de la República del Este, al lado de tantos amigos y camaradas, donde dejamos inscritas buena parte de nuestras esperanzas y anhelos, así fuera para echarlas andar luego a las noches bohemias que aún restallan en nuestra memoria. Ahí siempre estaba Miyó con sus frases agudas, su cálida voz, sus comentarios lúcidos y su toque de humor ácido, que siempre le caracterizó.

Para Miyó el periodismo era algo cotidiano, un ejercicio y una profesión para ganarse la vida. Lo hizo con entereza y con una conciencia impresionante. Se paseó por casi todos los diarios y revistas de Caracas, publicando sus trabajos en *El Diario de Caracas*, *Últimas Noticias*, *El Nacional* y en las revistas *Imagen* y *Criticarte*, revista de Fundarte, institución donde trabajó como directora editorial; a ella fue a quien presenté la primera antología de Víctor Valera Mora para su publicación, luego del fallecimiento del poeta. Admiraba al Chino Valera tanto como a Salvador Garmendia, sobre quien realizó el vasto reportaje Salvador Garmendia. Pasillo de por medio, para honrar a su gran amigo y maestro imprescindible.

José Antonio Castro en su *Álbum para delincuentes*

Conocí a José Antonio Castro en la década de 1970, en los tiempos de tránsito de la gran efervescencia política de los años sesenta. Se había convertido en una figura un tanto mítica en los predios de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Zulia. Poeta y crítico respetado, venía además de hacer un doctorado en La Sorbona.

Varios libros publicados, estudios y residencia en el exterior (Nueva York, París, Italia), así como su participación en la izquierda cultural conformaban para mí, estudiante recién llegado a la Escuela de Letras, la imagen de un profesor un tanto inaccesible. Sin embargo no fue así. Quizás haberlo conocido en su propia casa a través de su amigo Enrique Arenas, propició un trato amistoso. Después, siendo mi profesor me invitó a trabajar con él en el Centro de Estudios Literarios que fundó, y del cual fue su primer director.

Siempre consideré un honor, un privilegio, el trato y la amistad con José Antonio. Tenía sólo la sensación de que esa década del setenta en la que me tocó acceder a la Escuela de Letras de LUZ, a sus profesores, era la resaca, de algún modo, de los “gloriosos” años sesenta.

De esos tiempos difíciles de la guerrilla, la insurrección y el compromiso del escritor, data la escritura de uno de los libros de José Antonio Castro que más gratamente me ha impresionado: *Álbum para delincuentes*.

Desde hace tiempo he pensado que es este un poemario muy particular en el panorama de la literatura venezolana contemporánea. Inserto en esa atmósfera de irreverencias y pasiones políticas de los sesenta, sus textos, de una lucidez y coherencia estética extraordinarias, tocan, exploran estratos profundos de nuestra sensibilidad, de nuestra relación con el mal y con la belleza. Exploración de formas “malditas” —diríamos— de la belleza. Es fundamental en este libro, por lo tanto, la configuración de un nuevo lenguaje y de una nueva actitud poética que permiten expresar, trascendiéndolas, las circunstancias de una sociedad y una cultura en crisis. Es la puesta en cuestión del lenguaje mismo a través de un trabajo de escritura que explora las formas del mal —la manera como se dice la crisis— lo que le otorga al libro su diferencia, su lugar privilegiado en la literatura venezolana. No se trata para Castro solamente de enunciar el mal, la violencia, sino también de algún modo de constituirlos en lenguajes a través de todo un proceso de estructuración y desestructuración críticas de los mismos.

Álbum para delincuentes como su nombre lo indica, es el libro de un sujeto marginal y de un *mal-estar* vital. Hay aquí un goce en este poder nombrar el revés, el lado degenerado y oscuro de la vida y de una sociedad opulenta y burocrática. Se trata de este poder que aquí la poesía se otorga de deshacer, de destruir las fáciles y útiles conformidades, las tranquilas y rutinarias apariencias, para revelar los mecanismos y formas más o menos secretas pero degeneradas y horrorosas del poder. Regreso al origen, al nacimiento, la palabra poética hurga, penetra en los escondites donde se acumula, deforma y corrompe el poder.

Para que las sinceridades amanezcan debemos desnudarnos de nuevo y caminar por el suelo como pequeños beodos

La poesía es esta otra verdad del que delinque, del que atenta contra el orden, contra las normas establecidas. El poeta es este transgresor de todo un orden simbólico, estructurado sintáctica, gramaticalmente. Su atentado es, en principio, un atentado contra el lenguaje y el orden que éste regula y constituye. Hay una constante referencia en el *Álbum* a ese orden normativo del lenguaje que impide la expresión de los deseos, de la verdad, del cuerpo, del origen:

Encorvado como una “c” con cedilla pido a la concurrencia que se me oiga nacer exactamente por el sitio donde todos sin excepción alguna han nacido

Podemos leer en este *Álbum*... un itinerario del mal, correlativo a toda esta puesta en proceso del lenguaje. Desde el terrible nacimiento en que se escucha “el manipuleo hábil de unas manos enguantadas” pasando por la degeneración física y moral del kardista del empleado público, hasta las instrucciones para la “confección de una bomba casera”, hay todo un tránsito por el infierno, toda una poetización del nacimiento como una caída y de la vida misma como descenso y condena. Sin embargo, *Álbum para delincuentes* no es un libro pesimista. El malestar vital, la degradación (física, moral) se transfiguran en insurrección: el delincuente, el marginal, el empleado público tiene la opción de la lucha, de la “confección de una bomba casera”.



*CRÍTICA
LITERARIA

■ Carlos
Cedeño

La soledad del escritor

En el fondo un escritor es sólo un hombre que lee. Por supuesto no se trata de un lector ordinario, sino de un lector excepcional, que apestado de literatura, escribe también esos libros que quisiera leer (Juan Rulfo dijo que escribió *Pedro Páramo* debido a deseaba leerlo: “Es, por ejemplo, querer leer algún relato que uno ha querido leer y que no se ha escrito”); por lo general son libros imposibles que muerden los bordes de lo extraño. Un escritor vendría a ser un lector excesivo y que hace funambulismo en ese abismo de la locura, siempre en el borde y sin caer del todo gracias a la escritura.

El lector extremo/excesivo se emparenta mucho con esa figura mítica de Sherezade que se salvó gracias a la literatura. En este íterin llega David Markson con sus novelas.

Novelas que no lo son en el sentido habitual y que entrelíneas tratan de verter ficción a la realidad y viceversa. Son novelas vampirizadas con citas, anécdotas insignificantes, chismes literarios de café, cavilaciones retorcidas sobre lo literario o lo cotidiano. No hay personajes. Mucho menos un hilo conductor. Quizá tengan una especie de bosquejo (un hombre se acomoda a un espacio y mientras lo hace vienen a su encuentro, por azar, citas, notas, etc.) En la novela *La soledad del lector* puede leerse:

John Stuart Mill era el padrino de
[Bertrand Russell.
James Russell Lowell el de Virginia
[Woolf.
Maurice Ravel murió de un tumor
[cerebral.
¿El Protagonista habrá pasado un
[tiempo en Italia?
¿En México?
Balzac escribió ochenta y cinco
[novelas en veinte años.
E hizo incontables revisiones en las
[pruebas de galera de cada
[una de ellas.

La soledad del lector es una pieza más de una tetralogía formada por otras tres novelas: *Punto de fuga*, *The Last Novel* (no traducida al español) y *Esto no es una novela*. Novelas (entrecuilladas) para lectores curiosos, para lectores interesados en otro tipo de novela.

David Markson podría decirse que era un lector normal que después quiso escribir. Escribir en esa normalidad anodina de la escritura de novelas (o de las historias) con principio, nudo y desenlace.

Como lector, en sus días de estu-

diantes, Markson se fanatizó con la novela *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry. Era tal su pasión por la novela que buscó la dirección de su autor y se presentó en su casa para conocerlo. Fue amigo de Lowry, pero esto no fue suficiente y entonces escribió una tesina-libro sobre la novela y su autor. No obstante esto tampoco le bastó y se fue a México para hacer el periplo alcohólico del personaje principal de la novela, Geoffrey Firmin. Luego de esta aventura libresca-etílica retorna a Estados Unidos. Sin dinero para pagar las cuentas se sienta en su vieja máquina de escribir y en un par de semanas concluye un guión de cine. Un *Wéstern*, bastante descodido, que logra vender y del que hacen una película.

En la etapa en el cual Markson se deslumbró con la monstruosa novela de Lowry, ya había pergeñado algunas novelas de pase negro y detectives, bajo la influencia de Raymond Chandler. Estas novelas primerizas le permitieron tomarle el pulso al oficio, en fijarse un ritmo.

La novela que cimentaría su fama, más en el extranjero que en su propio país, sería *La amante de Wittgenstein*. Aquí lo mínimo, lo fragmentario, va tomando cuerpo para narrar una historia tan extraña como la vida del filósofo Ludwig Wittgenstein.

La trama, por decir algo, y heredera directa de Kafka, gira en torno a una mujer convencida de que es la última persona con vida en el mundo. Narra

su travesía en solitario por calles y museos abandonados. A medida que hace esto va aportando sus puntos de vista, algo irreverentes y vitriólicas, sobre el arte, la música, la literatura, el sexo, la historia. A veces recurre a citas de otros escritores, filósofos y un variado etcétera. La mujer es como una memoria andante de ese mundo perdido y aniquilado para siempre. El lector se deja ganar por la lucidez determinante de la mujer que vendría siendo la amante de Wittgenstein sólo por asociación de ideas. La obra capital del filósofo Ludwig Wittgenstein, *El Tractatus Logico-Philosophicus*, está constituido por sucintos párrafos de anómala forja aforística, aunque hilvanados dentro de una elaborada y extenuante estructura indicada por una numeración si se quiere caprichosa. En la novela la mujer sigue su escueta relación de breves pensamientos hasta que el lector se percata (o intuye) que la mujer ha perdido la razón y el lector sólo lee sus delirios, sus retahílas delirantes. En la novela se pueden leer cuestiones como esta:

En una ocasión, Turner se hizo atar al mástil del barco durante una tormenta furiosa para poder pintarla luego. Obviamente, no es la tormenta propiamente dicho lo que Turner quería pintar sino la representación de la tormenta. El lenguaje es con frecuencia así de impreciso, eso he descubierto.

Esta novela, que fue rechazada por treinta y cuatro editores, le daría el estilo y el tono estilístico para su cuatro novelas posteriores. Su novela *Esto no es una novela* abre con un epígrafe de Swift:

Ahora me aboco a un Experimento muy frecuente entre los Autores Modernos; consiste en escribir acerca de Nada.

Y también se estructura con esos brochazos lacónicos de citas y frases:

Una novela sin ningún tipo de indicio de argumento, le gustaría idear al Escritor.

Y sin personajes. Ninguno.

El Globe Theatre se quemó por completo el 29 de junio de 1613. ¿Alguna obra nueva de Shakespeare, aún no publicada en cuartillas, se habrá quemado con él?

Albert Camus, en la única ocasión en que estuvo con William Faulkner: El tipo no me dijo ni tres palabras.

David Markson fue escritor bastante peculiar, y que escritor no lo es. No tenía computadora. Jamás estuvo interesado en la Internet. Empleaba para escribir un ruidosa máquina de escribir y las citas empleadas en sus novelas las rastreaaba, aquí y allá, olisqueando páginas tras páginas de libros. Se interesó por esas minucias estrambóticas de la vida de escritores, pintores, poetas y artistas del más variado pelaje. Le gustaba ese chisme de café, ese insulto bilioso proferido por poetas y escritores contra sus colegas. Vivió como pudo de su trabajo de escritor. Luego lo han convertido en un autor experimental y quizá lo fue, pero no de una manera deliberada. Su vida de lector, de buscador de citas, está traspapelada en sus cuatro novelas. En una de ellas escribe: “Esto es todo, ¿no puedo hacer nada más? ¿Es todo lo que dejo? ¿No puedo ir más lejos?”.

Faulkner aconsejaba: “No seas escritor, sé escritura”. Y más que escritor David Markson fue al final sólo escritura y llegó a ese instante en que ya no se puede ir más allá. Markson supo que la novela desde el *Ulises*, de Joyce había caído en ese urdimbre de erudición, técnica y malabarismo pedante con el lenguaje. Él fue hacia la novela desnuda, hacia novela ovillo que se iba deshilvanando en frases sueltas, sin personajes, sin tramas; sin nada hasta llegar a la mudez desventada de la página en blanco, la verdadera y luminosa soledad del escritor.

Pablo
Montoya

Los ángeles de Paul Klee

En tiempos de terror surge la imagen del ángel como trasunto de lo apocalíptico, pero también como consuelo y protección. “Ángel de mi guarda, mi dulce compañía”, nos enseñaron a decir en los momentos azarosos, y por mucho tiempo pensamos, cuando una adolescencia atea nos sedujo, que ésta era una consigna candorosa. El ángel es más remoto que la prefiguraciones del Cristo y posee, así no creamos en su presencia abstracta, una aureola de actualidad insoslayable. Permanencia cultural cargada de tiempo, los cristianos la tomaron como un emblema frecuente para los instantes de la revelación y el arrobó. El ángel, en realidad, puede ser un emisario de la luz, el mensajero del trueno, un breve temblor que sacude la penumbra del corredor o del aljibe. Y es también lo que surca el sueño inquietantemente, la tentación que se combate, el barrunto de la catástrofe, ese signo que orienta cuando la intemperancia se atraviesa en el camino.

Fueron ángeles, forjados de infancia, quienes se atravesaron en el último tramo de la vida de Paul Klee. La presencia de ellos no era fortuita, porque el reino de una inocencia alada inundó los primeros períodos del aprendizaje del pintor. Klee era consciente del poder de la imaginación de que son capaces los niños y siempre estuvo rodeado de lo que, de una manera u otra, le transmitiera la fresca espontaneidad de ellos. Los gatos, que lo acompañaron durante toda la vida, le parecían a Klee como manifestaciones de otra parte, divinidades andróginas que otorgan a la cotidianidad los secretos de una dicha transparente. Podría decirse algo similar del conjunto de sus marionetas. Traviesas y esperpénticas, aunque sesgadas de un no sé qué de volatilidad de cuento de hadas, Klee las hizo en los días en que ocupaba su tiempo en cuidar a su hijo Félix, realizar labores domésticas y pintar; mientras Lily Stumpf, su esposa, sostenía la familia con sus clases y los recitales de piano.

El primer ángel de Klee que llamó la atención fue el *Angelus Novus*. Es un dibujo a tinta china, tiza y acuarela de 1920. Walter Benjamin lo compró y lo tuvo hasta su huida de París hacia Port Bou en España. El itinerario de esta imagen, de mirada intensa, es fascinante. Benjamin viaja con ella a todas partes desde que lo adquiere en 1921. Es su tesoro, una fuente de inspiración, la base ilustrada de su teoría sobre el avance de la historia humana hacia el desastre. Cuando huye de los nazis, intenta venderla para costearse el pasaje a USA, y así salvarse de la desesperación y el suicidio. Finalmente, le deja el dibujo a Georges Bataille y este lo oculta en la Biblioteca Nacional de Francia. Luego llega a manos de Theodor Adorno. Y del filósofo de la música pasa al especialista en misticismo judío, Gershom Sholem, íntimo amigo de Benjamin. Y es la viuda de este quien lo dona al museo de Israel, en Jerusalén. Pero el ángel de Klee, a pesar de este periplo de coordenadas semitas, no es judío. Tampoco lo fue el pintor, como lo dijeron las autoridades nazis, que lo persiguieron y lo expulsaron de Alemania en 1933, y declararon su obra degenerada.

Hasta donde se sabe los ángeles no tienen raza ni nacionalidad. Son invisibles y, según el Falso Dionisio, ajenos al conocimiento y a la contemplación de los hombres. Carecen de sexualidad aunque los pintores de todos los tiempos los hayan rodeado de una diversa simbología erótica. Todos los que hizo Klee están, sin embargo, tan despojados de materialidad y contingencia histórica que es arduo vincularlos con el Holocausto. Pero acaso su motivación y trazado los vuelve próximos al sufrimiento y al ansia de serenidad que tuvo la primera mitad del siglo XX, tan asediada por los sobresaltos del fascismo. Las palabras de Benjamin han facilitado, en todo caso, la ascendencia judía del dibujo de Klee. Aunque lo que escribió Benjamin sobre el *Angelus Novus* no está relacionado necesariamente con la tragedia judía. Benjamin se refiere a la mirada, que es acaso el centro ígneo de la pintura. Considera que el de Klee es el Ángel de la Historia. Sus ojos van al pasado, esa sucesión larga y desolada de ruinas. Del Paraíso sopla un viento huracanado que impide al ángel despertar a los muertos y recomponer la devastación. Ese viento, no obstante, lo empuja hacia el futuro. Pero el ángel da la espalda a la inmensa torre de escombros que se eleva en el cielo. Y ese huracán que lo arrasa todo, para Benjamin, no es más que el progreso.

Si se mira el *Angelus Novus*, se podría pensar también que nada de fatal hay en él, y que la atmósfera que irradia está tocada por la esperanza. Y que, finalmente, lo de Benjamin es una interpretación empujada por el delirio al que lo sometió el totalitarismo, esa marca terrible de su época. Parece ser más cierto, de todas maneras, que el *Angelus Novus* está hermanado a los otros ángeles que Paul Klee hizo en su último año de vida. Fueron los días en que se le declaró una enfermedad irreversible. La esclerodermia lo sumió en la inactividad. Lue-



go, gracias a las dietas a base de leche preparadas por Lily, el pintor se recuperó un poco.

Entonces habló con los ángeles y los dibujó. Ellos son la representación de un diálogo entre la tierra y el cielo, entre la fealdad y la belleza, entre la epifanía y la calamidad, entre la soledad y el silencio y el caos de la guerra que estallaba entonces en Europa. Los seres alados de Klee, el ángel olvidadizo, el ángel todavía femenino, el ángel precoz, el ángel que llora, el *angelus militans*, el ángel con campana, el ángel lleno de esperanza, son figuras que podrían demostrar, por su acabado de pocas líneas y su profunda sencillez, cómo ese ser, que ilumina por un instante la nada y el vacío, permite una elevación simplísima hacia Dios. De allí que pueda hablarse de un misticismo, melancólico, sosegado y sonriente, en este último Klee que he podido mirar en su museo de Berna.

Aferrado a una de las pocas certidumbres que lo conmovían, el reino de la infancia, Klee enfrentó la muerte un 29 de junio de 1940. Una frase que él mismo dijo, define esta vida lúcida en un tiempo oscuro: el color y yo somos una misma cosa. Buena definición que podría susurrarnos una de estas figuras angélicas y entrañables.

* Angelus Novus de Paul Klee